EL TEATRO
COLECCION DE OBRAS DRAMATICAS Y LIRICAS

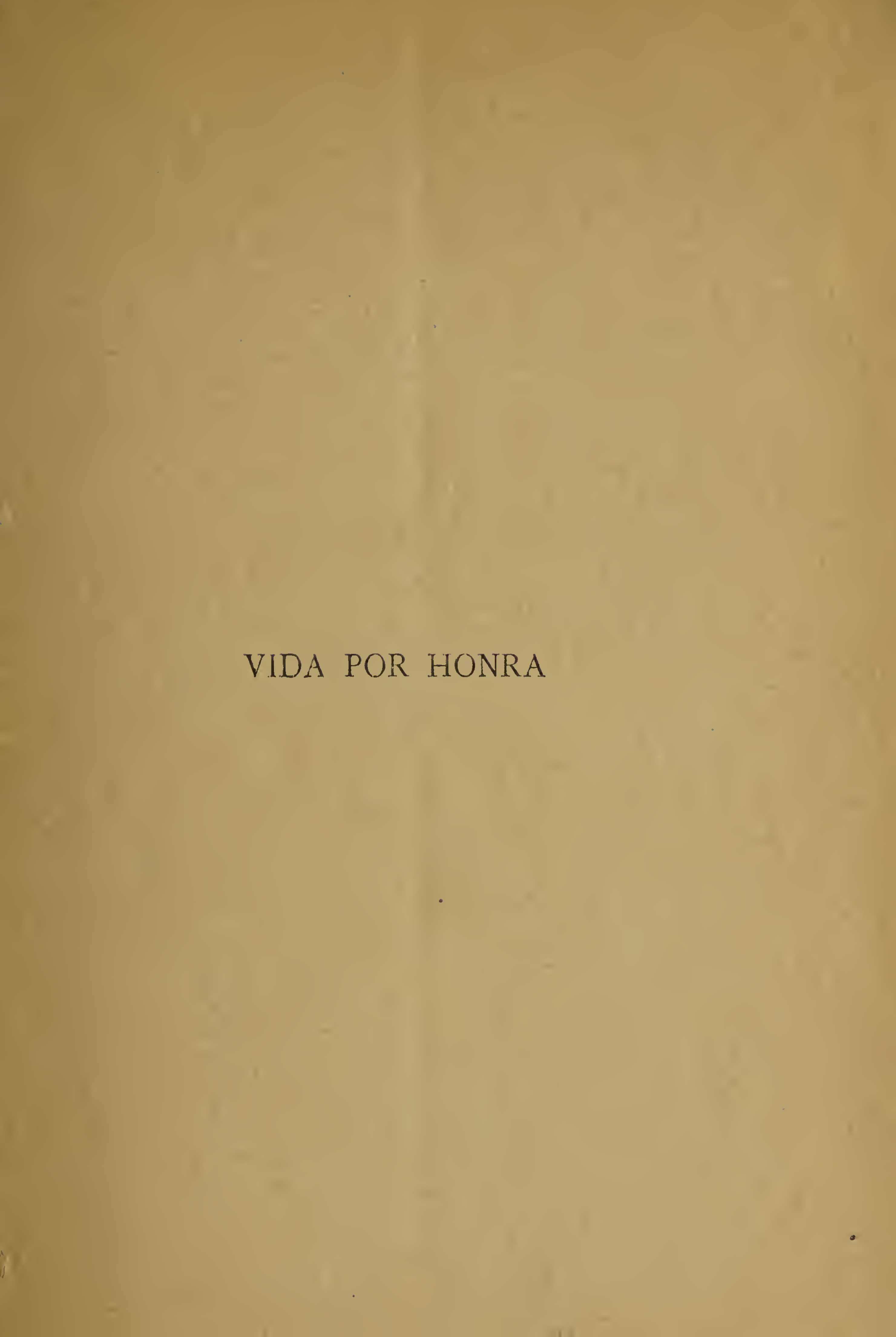
VIDA POR HONRA

DRAMA EN UN ACTO

ORIGINAL Y EN VERSO, DE

JOSÈ SOTO Y PEDREÑO

MADRID
FLORENCIO FISCOWICH, editor
(sucesor de hijos de A. Gullon)
Pez, 40. Oficinas; Pozas, 2-2.º
1889



VIDA POR HONRA

VIDA POR HONRA

DRAMA

EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

JOSÉ SOTO Y PEDREÑO

Estrenado con extraordinario éxito en el Teatro-Circo de Cartagena
la noche del 1.º de Junio de 1881



CARTAGENA

IMPRENTA DE VICENTE VELAZQUEZ
CUATRO SANTOS, 9
1889

PERSONAJES	ACTORES
Luisa (18 años)...	Srta. D.ª Ana Lopez de la Parra.
Bartolo (60 id.)..	Sr. D. Antonio Lopez de la Parra.
Juan (26 id.).....	» » Ginés García.
Marcelino (54 id.)	» » Lamberto Agrasot.
Alcalde.........	» » Cayetano Noguera.
Dos guardias (que no hablan).....	

Epoca actual

La accion pasa ea un pueblo de la provincia de Murcia.

A MI QUERIDO AMIGO

FRANCISCO BARBERO Y GARRIDO

Juntos emprendimos el camino de las letras y aun se reparten su fuerza por igual en el lazo que nos une el arte y la amistad.

Permite, pues, que tu nombre, vaya estampado en esta obra, para que unido al mio vayan pregonando la igualdad de nuestros ideales y literarias aspiraciones.

El Autor,



ACTO UNICO.

La escena representa una habitacion de pueblo con las paredes blanqueadas. Una puerta en el foro y otras dos latetales; una á la izquierda y otra á la derecha. La primera da á la calle, la segunda á la habitacion de Luisa y Bartolo y la tercera á la de Marcelino. A los lados de la puerta del foro dos ventanas practicables cerradas y con tiestos de flores, y por las cuales al abrirse se divisarán las casas del pueblo y á lo lejos la mar. Al levantarse el telon aparece sola la escena y en la mayor oscuridad, oyéndose el trueno, el rujido del viento y el ruido que el agua produce al chocar con las casas. Al salir Marcelino abre las ventanas y la puerta del foro, á cuyo través se ven brillar los relámpagos, iluminando con su fulgor la oscuridad que reinará en el pueblo. Juan entra al poco rato por la puerta del foro, sorprendiéndose Marcelino al verle. La escena permanecerá durante el acto algo oscura, notándose á su tiempo las variaciones de la tormenta, como se indicará en su lugar.

ESCENA PRIMERA.

MARCELINO.—JUAN.

MARC. Parece que ya es de dia:
justo es abrir las ventanas,
para que la luz arroje
las tinieblas de la casa.
(Las abre y entra Iuan.)
Don Juan! Cómo tan temprano
y estando así la mañana?

JUAN. A vuestro hermano Bartolo
podeis preguntar la causa.

MARC. No diga usted tales bromas,
pues á más de no hacer gracia...
Pero, en fin, sé que es mentira,
y con saberlo me basta.

JUAN. Veo que aunque sois muy viejo
experiencia os hace falta;
voy á ver si con mi historia
podeis apreciar mi alma.
(Se sientan.)
«Yo era un niño por entonces;
»seis primaveras contaba,
»adormido blandamente
»en los brazos de la infancia,
»cuando mi padre marchó
»á tierras donde la caza,
»su aficion más predilecta,
»la hallara con abundancia.
»Al poco tiempo á mi oido
»se acercó esta nueva infausta:
«Tu padre, que ha sido muerto,
»quizás te pida vanganza.»
»Investigué por do quiera
»de aquella muerte la causa,
»y tuve el convencimiento
»de un crímen que aún me espanta.
»Mi padre, quizá perdido,
»se albergó en una cabaña,
»cuya sombra se proyecta
»del Océano en las aguas.
»segun la gente decia
»la habitaban dos hermanas
»que por su hermosura eran
»el ornato de la playa.
»Mi padre se enamoró
»de una de ellas, por desgracia:
»yo, en su caso, hubiera amado
»á un tiempo á las dos hermanas.
»Los celos hicieron presa
»del sér de la desairada
»y la hicieron concebir
»una criminal hazaña.
»Con impaciencia esperó
»del idilio la hora infausta,
»dando una muerte horrorosa

»á mi padre y á su hermana.
»Yo crecí con el deseo
»de saciarme en la venganza,
»discurriendo la manera
»de que fuera más sonada.
»Pero como no tenia
»en quien por ley emplearla,
»decidí que las mujeres
»fuesen blanco de mis armas.
»Cuando tuve quince años
»fuí á la córte de España
»con el recuerdo de un crímen
»que reparacion clamaba.
»Pronto me dí á conocer
»por mis proezas y hazañas,
»no dejando á los maridos,
»ni á los padres, ni á casadas.
»La deshonra fué mi lema,
»y sediento de venganza
»arrojé al lodo más víctimas
»que muertos una batalla.
»Cartagena fué el lugar
»donde posé mis miradas,
»por ser mi pueblo nativo
»donde se pasó mi infancia.
»Sus contornos me brindaron
»con mujeres agraciadas,
»y el pueblo de los Dolores
»escogí para mi drama.
»Hace poco que llegué
»en la tartana de Mata,
»encontrando á pocos pasos
»á Luisa, por su desgracia.
»Con cariño no fingido
»dijo que á su padre hablara;
»se lo prometí, y lo hice
»á la siguiente mañana.
»Bartolo, con gran prudencia,
»dió crédito á mis palabras,
»y no opuso inconveniente,
»siempre y cuando declarara
»con mi nombre y apellido
»la decencia de mi casta.
»Juan Rodriguez de la Rosa,

»le respondí, y cual la lava
»sale del regojizo cráter,
»así me escupió en la cara
»mil insultos y demuestros
»mezclados con amenazas.
»Quítate de mi presencia.
»No has conocido, canalla,
»que no olvidé todavía
»una muerte y una infamia?
»No has contemplado en mis ojos,
»envuelto en furtiva lágrima,
»un ódio reconcentrado
»que me quema las entrañas?
»Vete sin pensar en ella,
»pues antes que deshonrarla,
»muerta la veré á mis piés
»para que asiente mi planta.
»Me voy, dije; mas te prevengo
»que en la tarde de mañana
»habré robado á tu hija
»ó deshonrado en tu casa.»

MARC. El amor os hace hablar
cosas que yo no escuchara,
á no estar bien convencido
de quién es quien así habla.
(Levantándose.)
Voy á salir un momento;
teneis en mi cuarto franca
la puerta, podeis pasar;
y cuando Bartolo salga,
como tiene de costumbre,
hablar con Luisa á sus anchas. (Vase foro.)

JUAN. (Con ironía.)
Vive el cielo, que fuí franco,
y no podrá echarme en cara
la reserva... Siento ruido
en esa puerta cerrada;
sin duda sale Bartolo,
sin saber lo que le aguarda.
Parte, que no detendré
un breve instante tu marcha;
pero pobre de tu honor:
sobre él se ciernen las alas
de un buitre, que al devorarlo

lanzará una carcajada.
(Entra en la habitacion de Marcelino.)

ESCENA II.

BARTOLO, solo.

Bartolo sale de su cuarto pensativo, y se dirige á cerrar la puerta foro; hay un relámpago.

Vaya un dia, Dios divino!
Con sencillez inesperta,
siempre entornada la puerta
ha de dejar Marcelino.
Ignora que en el camino
de la vida hay ocasiones
en que, aunque el oro á montones
vayan do quier derramando,
algunos están deseando
ser de las honras ladrones.
Y yo, que ya la perdí,
y sólo la recobré
cuando al malvado maté
y á mi esposa muerte dí,
debo velar, porque aquí,
que es donde tengo encerrado
el tesoro más preciado,
que es mi hija, no hallen abrigo
esos hombres que maldigo
cual virus emponzoñado.
Juan es de esos que leon
de deshonras está hambriento,
y me dió su juramento
de volver á esta mansion.
Una ardiente exhalacion
no me hiciera padecer
con tal fuerza como ayer,
cuando supe por su nombre
que era un engendro del hombre
que quiso mi honra perder.
Pobre Inés del alma mia!
Pobre, de mi vida, Inés;
aún te lloro, despues

de aquel crímen, de aquel dia!
Por qué, dí, si la alegría
vagaba por nuestra frente,
hiciste que tristemente
maldijera tu memoria
por la mancha que á mi historia
echaste? Hado inclemente!
Cómo en calma recordar
aquella sangrienta escena
que pasó sobre la arena,
que sucedió junto al mar?
Que de odio y celo á la par;
con la mirada insultante,
pude ver un solo instante
aquella pareja unida,
donde mi esposa querida,
besando estaba á su amante.
Allí fué donde el furor
cegóme en manera tal,
que, descargando el puñal,
dos muertos miré en redor.
Y hasta el cielo vengador
que vió aquel crímen monstruoso,
lanzó un gemido espantoso,
(Hay un trueno y un relámpago.)
el rayo el éter cruzó
y á pocos pasos cayó
de mis plantas pavoroso.
Permitireis, Dios del cielo,
que en el fin de mi existencia
emborrone mi conciencia
otro crímen y otro duelo?
Dejad que pueda su vuelo
elevar á vos mi alma;
dejad que viva con calma
cuanto me dure en la tierra
esta vida que entre guerra
lleva de mártir la palma.
Pero Dios, que siempre bueno
fué para mí en la inocencia,
no querrá que mi existencia
cambie su cielo sereno.
De la falacia el veneno
de don Juan evitaré,

y en mi Luisa encontraré
la ventura de mi alma...
(Mirando á su habitacion.)
Luisa viene; si la calma
me falta, la fingiré.
(Luisa sale pensativa, extremeciéndose al fulgor de un relámpago. La tormenta cede durante las escenas tercera, cuarta y quinta.)

ESCENA III.

LUISA.—BARTOLO.

LUISA. Horrible, padre, está el dia.
Cómo ruje la tormenta!
BART. Es verdad. Ven, hija mia,
haz que tu cariño sienta
para encontrar alegría.
Aunque el cielo encapotado
lance rayos de su seno,
dí que me amas, y á tu lado
me verás mirar sereno
crujir el trueno enojado.
BUISA. Ay de mí!
BART. Por qué murmura
tu lábio tan triste acento?
Dime, Luisa. Esa amargura
acaso es presentimiento
de mi eterna desventura?
Ya no brota cual solía
de tí la felicidad,
y eterna melancolía
consume tu mocedad
que era la ventura mia.
Acaso Juan te robo
el cariño que era mio?
Sí, Luisa, porque fuí yo
quien te trajo al mundo impío,
y quien tanto te adoró.
LUISA. No, padre, lo mismo os quiero,
y en mi sér para los dos
hay cariño verdadero;
aunque lo juro ante Dios

que él en mi amor es primero.

BART. Tú eres jóven, yo soy viejo;
tú estás agena del vicio,
y ha de prestarte un consejo
quien miró su precipicio,
cual te ves en el espejo.
Y esto, Luisa, es verdad,
aunque con dolor profundo
lo digo; sé la maldad
que se cobija en el mundo
con capa de caridad.
Y ya que se hace forzoso,
te diré, como es notorio,
que el que quieres por esposo
es uno que de Tenorio
alzanzó el timbre glorioso.
Uno de esos que blasona (Con ironía.)
de ser de honras ladron,
uno que nada perdona.
y á la que jura hoy pasion
mañana vil abandona.
Su padre fué como él,
y si del árbol el fruto
saca la dulzura ó hiél,
¡cuánto llanto y cuánto luto
no te prepara cruél!
Y es lo que quiero evitar
á todo trance, hija mia,
porque él no sabe adorar.

LUISA. Oh! Sí, padre; él me queria
como el arroyo á la mar.

BART. Ahora, Luisa, escucha
un plan que tengo formado
para evitar esa lucha
que la virtud y el pecado
te declaran: á no mucha
distancia de Cartagena
hay un tranquilo lugar,
que de atmósfera serena
y lindante con la mar,
se eleva sobre la arena.
Una casa en propiedad
tengo allí, y bien amueblada
tendrá más comodidad

y más paz que la morada
más rica de la ciudad.
No te parece divina,
como de un padre, mi idea?
Ya verás qué peregrina
te mirarán en la aldea
cuando te hagas campesina.
Allí tu humilde oracion
podrás elevar al cielo
con singular devocion.
Qué hay mejor en este suelo
que la paz del corazon?
Espero odedecerás
mi órden.

LUISA. Como hija fiel
obedezco.

BART. Olvidarás
á ese hombre?

LUISA. Huiré de él:
pero olvidarle, jamás.

BART. Ya lo sé que es cosa dura
contrariar al corazon:
mas todo el tiempo lo cura.
(Aparte y con rabia.)
(Menos el negro borron
que en la deshonra fulgura.)

ESCENA IV.

LUISA sola.

Feliz quien jamás dió entrada
en su pecho á la pasion,
pues que es su voz regalada
cual de sirena encantada
que destroza el corazon.
Brisa, que en voluble giro (Transicion.)
mueves presurosa el ala,
lleva á mi Juan el suspiro
que al marchar á su retiro
mi pecho anhelante exhala.
Pídele tambien que al cielo
ruegue con voz insegura
que de esta pobre el anhelo

no se arrastre por el suelo
para encontrar la ventura.
Bálsamo consolador
es el llanto para el alma,
corre en buen hora, el amor
es mensaje del dolor
á cambio de dicha y calma.

ESCENA V.

LUISA.—JUAN.

JUAN. (El padre ya habrá salido...
Lo que dije; ahora es la mia;
nadie en la casa me espía,
cuando estoy más decidido.)
(Repara en Luisa.)
Pero calle... Luisa llora.
Qué motivará su llanto?
(A Luisa.)
Luisa!

LUISA. Juan! Gracias, Dios santo;
lució á mi dolor la aurora.

JUAN. Puedo creer que por mí
ese llanto estés vertiendo?

LUISA. No ves lo que estoy sufriendo
en mi ardiente frenesí?
Mi padre y tú con tu amor,
hareis que baje á la tumba
al modo que, cuando zumba
el viento, muere la flor.

JUAN. Tan sólo en el mundo anhelo
el convertirte en mi esposa,
y hacer que vivas dichosa
cuanto se puede en el suelo.
Tu padre, segun preveo
por sus contínuas protestas,
siempre las mismas respuestas
ha de dar á mi deseo.
Ven conmigo: una tartana
nos espera diligente,
y verás cuán prontamente
te conviertes en sultana.

LUISA. Tú no me quieres, mi amor,

no me quieres.

JUAN. Y porqué?

LUISA. Porque en alas de mi fé
quieres que inmole mi honor.

JUAN. No lo comprendo á fé mia;
pues tu padre, así que huyamos,
nos bendice, nos casamos,
y así te devolvería.
el honor que, segun dices
aunque por poco te alteras,
con esta huida perdieras,
viviendo en cambio felices.
Esta á mi ver es la traza....

LUISA. Pero el pueblo que murmura...

JUAN. La lengua se le asegura
del oro con la mordaza.
El mundo no vé, ni siente,
encenegado en el vicio,
sin mirar el precipicio
sólo mira la pendiente.
Cuando empieza á resbalar
habla dos dias ó tres;
pero ó se calla despues,
ó se le obliga á cal ar.

LUISA. Jamás, mi Juan, dejaré
de ese modo tan villano
á mi padre, al pobre anciano,
que jamás olvidaré.
Tú mismo, dentro de nada,
al ver que lo solicito,
arrojarás mi delito
sobre mi faz deshonrada.

JUAN. Si tú pudieras palpar (Con cariño fingido.)
esta llama que me abrasa,
pronto huirias de la casa
donde me he de suicidar.

LUISA. Parte, Juan, parte de aquí,
(Con miedo de acceder.)
y abandona esta mansion,
que empieza la tentacion
á apoderarse de mí.
No hagas que pierda mi juicio,
y al sentir tu voz ardiente
resbale por la pendiente

que conduce al precipicio.
Aléjate, por favor.

JUAN. Contigo sí, vamos, anda. (Cojiéndola.)

LUISA. Pero por Dios!

JUAN. (Ya se ablanda
á los ruegos de mi amor.)
Ya te convences, verdad?
Partamos antes que venga.

LUISA. Quién? (Con agitacion.)

JUAN. Tu padre, y nos detenga
en esta felicidad. (Con desprecio.)

LUISA. Qué dices, Juan? El su honor
ha colocado en su hija; (Temblorosa.)
y pues me das á que elija,
viva él, nunca mi amor. (Con energía.)

JUAN. Bastante tiempo rogué;
bastante á tus piés postrado (Con dureza.)
que partas he suplicado
hácia el bien que te brindé.
A la puerta de tu hogar
abriré mi sepultura,
contemplando tu hermosura,
que en mal hora supe amar.

LUISA. Dios de amor! Dios de bondad!
Es esta la recompensa
y el premio de la que piensa
en guardar su honestidad?

JUAN. Tú á la justicia dirás
el motivo de mi muerte,
para ver si de esta suerte
tu honra brilla más y más.
Adios, adios.

LUISA. Juan, por Dios,
escucha mi triste acento,
que me mata el sentimiento
de escuchar el último adios.
Déjame reflexionar (Suplicando.)
antes de abrazar el luto.

JUAN. Para eso con un minuto
te debe, Luisa, bastar.
(Luisa piensa: pausa corta.)
Lo pensaste?

LUISA. Por mi mal.

JUAN. Qué resolviste, mi amor?

LUISA. Que la muerte con honor...
JUAN. Es una muerte infernal.
LUISA. Para seguirte estoy yo
dispuesta, pues soy tu esclava.
JUAN. Hace tiempo lo esperaba;
vamos pues. (Señala á la puerta foro.)
LUISA. Oh! Por ahí no.
JUAN. Entonces dime por dónde.
(Mi venganza es cosa cierta.)
LUISA. En mi cuarto hay una puerta
que de la huida responde.
JUAN. Vamos por ella, es igual.
Puedes, Bartolo, algo hacer?
Siempre ha logrado vencer
al honrado el criminal.
(Entran Juan y Luisa en la habitacion de Bartolo, saliendo éste y Marcelino por el foro.)

ESCENA VI.

BARTOLO.—MARCELINO.

MARC. Hermano, son ilusiones
que te forjas en tu empeño.
BAR. Dí mejor que son pasiones
que se hacen del hombre dueño.
Donde Juan pone su planta
allí murió la honradez:
sólo esa plaga se espanta
usando de mi altivez.
MARC. Nadie al verlo lo diría:
es su expresion inocente.
BAR. En la sociedad de hoy dia
hasta en el rostro se miente.
Tú sabes, cual yo no ignoro,
que el hombre más delincuente,
con el resplandor del oro,
lleva lauros en su frente.
¡Pobre de mí! Marcelino,
si al modo que obro no obrara,
y en los brazos del destino
sólo por tí me guiara.
MARC. Entonces...
BAR. ¡Calla, por Dios!

Porque sólo sabe el cielo
lo que fuera de los dos
si no le cortára el vuelo,
Entonces la tumba fria,
junto con mi deshonor,
á mis plantas se abriria
para acallar mi dolor.
Y en deshonra tan patente,
que deplora el corazon,
impreso en mi honrada frente
llevaría ese baldon,
y el mundo se fijaría,
y el mundo con su inclemencia
con mi nombre acabaria
y tambien con mi existencia.

MARC. El mundo el vicio predica
y aboga en lo sensual.

BAR. Y al deshonrado critica
aunque aplauda al criminal.
Es la esencia de la vida
la honra que Dios nos dió,
y aquel que la vé perdida
la vida tambien perdió.
Que es lo cierto, y no te asombre,
una joven al perder,
ganando vá tanto el hombre,
cuanto pierde la mujer.
Y despues de recibir
tan honroso galardon,
sólo me faltaba abrir
á Luisa un panteon.

MARC. Hablas sin juicio, Bartolo.
Acaso la ley no está
para suprimir el dolo,
que despues castigará?
(La tormenta empieza á oirse.)

BART. Cosa que el hombre fundó
y creó su pensamiento,
díme si no vaciló
en su voluble cimiento.
Las leyes son en favor
de la deshonra ó del mal;
las creó un deshonrador
ó las fundó un criminal.

Las leyes, en su albedrío,
absuelven al más ladron,
y un presidio dan sombrío
al robado por mansion.
Encierran á la honradez
y al vicio elevan un templo...
Y, acabando de una vez:
tienes muy cerca un ejemplo.
Tú sabes que en Cartagena
hay una mansion inmunda
que el honrado ve con pena,
y donde el crímen abunda.
En ese presidio, pues,
se encuentra el estafador
y el político, y no ves
á ningun ladron de honor.
Esta es la ley que en el dia
para esos ladrones rige,
y en vez de cárcel sombría
hasta una estátua se erige.

MARC. Sí, es cierto...

BART. Si la certeza
ha penetrado en tu pecho,
por qué culpas de dureza
lo que por sí está bien hecho?

MARC. Si te opones á que Juan
ame á Luisa, no lo dudes,
las leyes la casarán
aunque en razones te escudes.

(Marcelino entra en su habitacion, quedando en escena pensativo Bartolo.)

ESCENA VII.

BARTOLO solo.

El se cree de buena fé
que ese Juan es un bendito...
Baje al infierno maldito
y entonces yo viviré.
Aunque viejo, aún no ve
cómo en el mundo es lo bueno
un disfraz para el veneno
que en su mision infernal

vá vertiendo el criminal
sobre el corazon ageno.
(Va á entrar en su habitacion y retrocede sorprendido.)
Es un sueño á no dudar
lo que mi vista vislumbra,
ó es vision que la penumbra
pone á mis ojos. Soñar!
Son ellos que van á echar
sobre mi faz descarnada
(Convencido de la realidad.)
esa mancha no borrada
del tiempo por la inclemencia,
y conduce á la demencia
ó á muerte desesperada. (Vuelve á mirar.)
Mas no consiguen abrir;
y pues que huir los precisa,
esperemos, que él y Luisa
aquí pronto han de salir.
(La tormenta ruje cada vez más fuerte.)
Tú me enseñaste á cumplir
el prestado juramento;
yo te cortaré el aliento
que la deshonra envenena
y te daré una cadena
que ahogue tu pensamiento.
(Se retira de la puerta.)
Adios, honra que velé
con la pasion de un demente.
Dónde estás que no te siente
mi pecho? Oh! Bien lo sé.
El saldrá y no temblaré.
Yo con mi mano segura
he de abrir la sepultura
donde con mi honra baje
su ladron, y el que el ultraje
arrojó en mi frente pura. (Transicion.)
Rujid truenos, rujid más;
aumentad vuestros fragores
para ser los vengadores
de ese hijo de Satanás.
Yo no he de temblar jamás,
y vuestro fiero rujido
quiero que llegue á mi oido

para que el alma ensordezca,
y más y más aborrezca
á ese hombre maldecido.
Si tuviérais mi sentir,
si tuvierais mi pensar,
pronto habíais de arrasar
la casa do va á morir.
Yo con infame reir
destrozar os miraria
esta casa, que encubria
tanta deshonra y maldad,
cual truenos la tempestad
y gotas la mar bravía.
Tierra que estática miras
mi sufrir, sin que te aqueje,
rompe los polos de tu eje
donde eternamente giras.
Rueda al cao, y si suspiras
por verte sin movimiento
bastará mi sufrimiento
con su fuego para darte
tus alas para elevarte
otra vez al firmamento.
Relámpagos, aumentad;
vuestro fulgor necesito
para alumbrar un delito
y dar luz á una maldad.
Nada vereis de piedad,
porque el pecho de ira lleno
moverá el brazo sereno
para ver á tu fulgor
un muerto á mi alrededor
que está maldiciendo el trueno.
Señor, no tiemblo, porque sé,
que ante tu juicio infinito,
sólo hallarás el delito
en el ladron de mi fé.
Ya salen, me esconderé;
(Transacion.)
que de su lábio malvado
brotará el acento osado
maldiciéndome, ignorante
de que es su postrer instante
que el cielo hablar le ha dejado.

(Bartolo se esconde tras la puerta foro; salen Luisa y Juan.

ESCENA VIII.

BARTOLO.—LUISA.—JUAN.

LUISA. Vete, Juan.
JUAN. Así lo haré.
LUISA. Mi padre no tardará,
y que he faltado verá
á lo que al irse juré.
Deja que feliz ignore
que su honradez he manchado;
deja que ignore el pasado,
para que el presente adore.
(Bartolo se vá poco á poco aproximando hácia Juan.)
JUAN. Me voy.
LUISA. Volverás?
JUAN. Muy tarde:
ya cumplí mi juramento.
LUISA. Márchate pronto.
JUAN. Al momento.
BART. (Coje á Juan por el brazo con rabia.)
Pero sin vida, cobarde.
No saldrás de esta mansion
sin una bala en el pecho.
LUISA. (Asustada.)
Ay! Dios del cielo. Qué he hecho?
guiada por la pasion?
(A Bartolo.)
Padre!...
BART. Maldita! Jamás
vuelvas á darme ese nombre,
que si te dió vida el hombre
fué á ruegos de Satanás.
JUAN. (Habrá visto?)
LUISA. Por mi madre!
BART. No la recuerdes, blasfema;
ella llevó el anatema
de su esposo y de tu padre.
Y este ladron que queria (A Juan.)

ir cantando mi deshonra,
aunque me quedo sin honra
he de mirar su agonía.
Pero antes que un panteon
te pueda, infame, abrazar,
y que deje de alentar
tu villano corazon,
voy á contar una historia
que con sangre cimentada
quede por siempre grabada
ardiente en vuestra memoria.
—«En un rincon de la España,
»y en terreno gaditano,
»se veia una cabaña
»que cual el cierzo á la caña
»azotaba el Oceano.
»Con paz y contento, en ella
»un matrimonio vivia;
»la mujer bastante bella,
»que cual venturosa estrella
»para su esposo lucía.
»Cual querube de hermosura
»una niña Dios les dió,
»para pagar con usura
»los momentos de amargura
»que despues los envió.
»La paz llenaba su hogar:
»y el marido, siempre alerta,
»se esforzaba en evitar
»que en algo pudiera entrar
»la deshoura por su puerta.
»Una tarde en que pesada
»la atmósfera parecia
»una humeante cascada,
»y que la tierra empapada
»más agua al cielo pedia,
»un cazador se acercó
»al umbral de su vivienda
»y un asilo les pidió:
»puesto que, segun contó,
»habia perdido la senda.
»Amable ofreció el marido
»su cabaña al caballero,
»pues conoció enternecido

»que es muy triste estar perdido
»sin encontrar un sendero.
»Pasó la noche, y tras ella
»pasó un dia y otro dia,
»y cual á la luna bella
»nunca abandona una estrella,
»el cazador no partia.
»De acuerdo con la mujer,
»que de honradez blasonaba,
»quisieron oscurecer
»el honor que era su sér
»y que en la frente llevaba.
»Mil sospechas al marido
»fueron quitando la calma,
»y pronto vió oscurecido
»aquel hogar bendecido
»que era la gloria del alma.
»Al cabo se decidió
»el secreto á penetrar,
»y aunque su deshonra vió,
»de tal modo se vengó
»que quizá os haga temblar.
»Una noche en que rujia
(Se oye rujir el huracan.)
»el cierzo amenazador,
»y que á intervalos se oia
»el trueno, que precedia
»de los rayos al fulgor,
(Idem con el trueno y los relámpagos.)
»en la cámara nupcial,
»y aunque el lecho era uno mismo,
»entre él y la criminal
»esposa, vió sepulcral
»que se entreabria un abismo.
»Aparentando dormir,
»con aspirar inseguro,
»vió al delincuente venir
»y con su esposa salir
»para perderse en lo oscuro.
»Quiso gritar, y la voz
»no salió de su garganta;
»quiso seguirlos veloz,
»pero esfuerzo más atroz
»encadenaba su planta.

»Comprendió que marcharian
»al jardin, y tal pensando,
»cuando los truenos rujian
»y sus oidos herian
»la exhalacion anunciando,
»un balcon de par en par
»abrió, y á los mil reflejos
»que los rayos al brillar
»encendian, vió pasar
»los dos juntos á lo lejos.
»Una sangrienta oleada
»de furor subió á su frente,
»y con la vista enturbiada
»cogió un arma envenenada
»y fué al jardin prontamente.
»Hasta el árbol se acercó
»que con sus verdes ramajes
»los ocultaba, él los vió,
»y en su mirada estalló
»una oleada salvaje.
»El trueno rujió iracundo,
(Truenos fuertes.)
»y levantando el puñal
»con encono sin segundo,
»envió al otro mundo
»la pareja criminal.»

LUISA. Dios santo, los dos morir!

BART. Murieron, y no te asombres,
si quereis saber sus nombres
pronto los voy á decir.
La muerte los concluyó;
aquel hombre era tu padre, (A Juan.)
la esposa infame, tu madre, (A Luisa.)
y el esposo honrado yo.

JUAN. Y jurais que fuísteis vos
su asesino?

BART. Tal lo juro,
cual lo seré, de seguro,
de tí sólo ó de los dos.

LUISA. Madre mia! (Levantando los ojos al cielo.)

BART. Ruega, ruega;
pues es muy justo que clame
á la que fué tan infame, (Juan medita.)
la que á la deshonra llega.

LUISA. Padre, piedad. (A sus plantas.)

BART. Insensata
esa palabra en tu lábio
hace á tu padre un agravio;
al criminal se le mata.
Ni yo escuso su mirada
ni altanero le provoco.
Si él tuvo mi honra en poco,
yo tengo su vida en nada.

LUISA. El pudiera ante el altar
daros el honor que insano
os quitó.

BART. Para un villano
no se ha hecho el perdonar.

LUISA. Las leyes que nunca faltan
le juzgarán.

BART. Inocente;
siendo rico el delincuente,
las leyes ante él se callan.
La ley de la sociedad,
en su incontrastable fiel,
los corona de laurel
y los dá celebridad.
Ante esa ley, es honor
el deshonrar por do quiera,
y hasta adorna su carrera
cual augusto vencedor.
Es cual incienso que sube
desde la mansion del vicio.
La mujer al precipicio,
y el hombre hasta aérea nube.

JUAN. (Es necesario salir
de esta casa á todo trance,
y pues que lo quiere el lance
empecemos á mentir.)
Si la llegué á deshonrar... (A Bartolo.)

BART. Qué dices?

JUAN. Y no lo niego;
puedo devolverla luego
su honradez ante el altar.
(Juan va á irse y Bartalo le detiene con ira.)

BART. Quieres, cobarde, burlar
con la huida tu sentencia?
No te dice tu conciencia

que pronto vas á espirar?
La deshonra quede aquí,
y sin que ante el cielo.
A tí te doy mi anatema.
(A Luisa.)
Y esta bala para tí.
(A Juan le hace un disparo de arma de fuego.)

LUISA. Vírgen santa!

JUAN. Me mató.
(Con voz apagada. Se incorpora y cae muerto.)
Maldito.

BART. Esta es tu suerte.
El cielo pidió tu muerte
y mi brazo te la dió.

LUISA. Muerto!! Decidme, por Dios,
decid, padre, qué habeis hecho?
Matásteis á él y á mi pecho;
hicísteis dos muertes, dos.
(Viendo á Juan muerto, y llorando.)
Le habeis muerto!

BART. Como á tí.
(Con furia.)

LUISA. Matadme.

BART. No, hija perdida;
quiero dejarte con vida
para que llores por mí.
Matar quisiera á los dos,
mas á tu duelo obedezco.

LUISA. Matadme, que os aborrezco;
matadme os pido, por Dios.

BART. Si mueres, vida te doy;
quiero que mueras viviendo,
y que mañana estés viendo
estas escenas de hoy.
Quiero que en recto criterio
puedas ver con rudas penas
á tu padre entre cadenas,
tu amor en el cementerio;
(Bartolo dice estos versos de prisa, pues teme que van á llegar.)
y sobre la negra losa
que á ese fementido oculta,
aquí, digas, se sepulta
mi amor con mi honra hermosa.

Y tu pecho sufrirá
moribundo, de tal suerte,
que tú anhelarás la muerte
y la muerte de tí huirá;
y ¡ay de tí! si á Dios negando
maldices de tu existencia;
hay un juez en tu conciencia
que tus actos va espiando,
y con su voz sonorosa
que hace el ánimo temblar,
ha de hacerte recordar
un presidio y una losa.

LUISA. Favor! Socorro!

BART. (Cogiéndola de la mano.)
No grites,
que predicas tu deshonra:
si me quitaste la honra,
la vida no me la quites.
Deja que pueda mirar,
mientras me dure el aliento,
el cruel remordimiento
que tu vida ha de amargar.
(Luisa cae desmayada sobre una silla.)

ESCENA IX.

DICHOS.—MARCELINO.

(Marcelino sale todo asustado, admirándose al ver á Juan tendido en tierra.)

MARC. Pero es cierto que á mis piés
estoy contemplando un muerto?

BART. Puedes tenerlo por cierto
y fácil saber quién es.

MARC. (Reconociendo á Juan.)
Y es Juan! Se ha suicidado
á la vista de su amor?

BART. Calla, calla, por favor;
deja olvidar á un malvado.

MARC. Mas, cómo se suicidó?...

BART. Calla, por Dios, te repito;
él ha muerto en el delito
y yo fuí quien le mató.

MARC. Y fuiste tú su asesino?
Repite que no oí bien;
es imposible.
BART. Pues bien...
MARC. Quién le mató?
BART. Su destino.
El robar quiso mi honor,
él por la segunda vez
quiso sumir mi vejez
en la pena y el dolor.
El pensaria quizás
poner mi honra á sus piés,
pero se engañó. Lo ves?
Mi planta besando está.
Ya sabes, mi brazo fué
quien la vida le quitó.
MARC. Dí que él mismo... dí que...
BART. No.
MARC. Pues dirás...
BART. Que le maté.
MARC. Y así vas á deshonrar
con un crímen nuestro nombre?
BART. Hay momentos en que al hombre
le es imposible juzgar.
MARC. Sobradas son tus razones
y nuestra deshonra, hermano.
BART. Qué he de hacer, Dios soberano?
Malditas seais pasiones.
Yo era honrado y le maté.
MARC. Y los honrados se eximen
de la deshonra del crímen?
BART. Vive Dios, que no lo sé.
Yo fuí del deber en pos.
MARC. O mejor de tus pasiones.
BART. En tan ocultas acciones
dejemos juzgar á Dios.
(Entra el Alcalde con dos guardias que se sitúan á izquierda y derecha de éste.)

ESCENA X.

DICHOS.—ALCALDE.

ALC. Alto en nombre de la ley.
BART. El deshonró mi vejez. (Por Juan.)
ALC. En dónde está el hombre juez?
En dónde está el hombre rey?
BART. Este hombre que á mis piés (Señalando Juan.)
estais contemplando muerto,
yo le maté.
MARC. No, no es cierto,
BART. (Con energía.)
Yo le maté.
ALC. Pues preso.
BART. Yo le maté con razon.
ALC. No hay razon para matar.
BART. Pero sí para robar
nombre, fama y opinion.
Dónde justicia hallaré?
ALC. Dónde hallarla? En la justicia,
que ni se tuerce ni vicia,
como ya os demostraré.
BART. Justicia recta en el suelo!
Justicia recta en la tierra!
ALC. Entonces dónde se encierra?
BART. Dónde encerrarse? En el cielo.
Cúmplase la ley conmigo...
Hermano, la despedida, (Abraza á Marcelino.)
y para tí, hija perdida, (A Luisa.)
no hay amor... yo te maldigo.
Y tú, ladron, que en el mundo
guerra hiciste á mi solaz, (A Juan.)
descansa, descansa en paz
en el infierno profundo.

TELON RÁPIDO.



PUNTO DE VENTA

MADRID

Librerias de los *Sres, Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, 9; de *D. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo, 2; de *D. Antonio de San Martin*, Puerta del Sol, 6; de *Menendez*, calle de Atocha, 29; de *Gutemberg*, calle del Príncipe, 14; de *Leon Pablo Villaverde*, calle de Carretas, 4; de *Escribano y Echevarria*, Plaza del Angel, 12 y de *Hermenegildo Valeriano*, calle del Horno de la Mata, 3.

PROVINCIAS Y ULTRAMAR

En casa de los corresponsales de esta Galeria.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta casa editorial, acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de facil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.